

# La sensación orgánica como herramienta de la investigación natural<sup>1</sup>

Wilhelm Reich

Placer, anhelo, ansiedad, rabia, tristeza, más o menos en ese orden, son las emociones básicas de la vida. Están basadas en la motilidad completamente libre del organismo. Cada una de estas emociones tiene su propia cualidad particular. Todas expresan una condición móvil del organismo, que tiene un “significado” (en términos psicológicos: un “sentido”) en relación con el self y con el mundo en general. Este significado es racional. Corresponde a condiciones reales y procesos móviles del protoplasma. Las emociones primarias de la vida también tienen una función racional. La función del placer conduce a la descarga del exceso de energía celular. La ansiedad se encuentra en la base de toda reacción de rabia. Y, en el ámbito de la vida, la rabia cumple la función general de resolver o eliminar situaciones que amenazan la vida. La tristeza expresa la pérdida de un contacto familiar y el anhelo expresa el deseo de contacto con otro sistema orgonótico. Tendremos que mostrar más adelante que la función de la emoción es lo que constituye la meta de una pulsión, y no a la inversa, tal como postulan los metafísicos. En este contexto, meramente intentamos demostrar que las emociones primarias son, y deben ser, racionales si se pretende que la vida funciona “de modo significativo”. Esto queda demostrado por su existencia.

*Enfatizo la racionalidad de las emociones primarias de lo vivo* porque los mecanicistas de la psicología profunda han logrado difundir la opinión de que todas las emociones provienen de pulsiones y que, “en consecuencia”, son irracionales. Esta creencia errónea, tan catastrófica para el bienestar de la vida, tiene su función y origen irracionales en una estructura de carácter cuya racionalidad tendrá que ser examinada con detención. Las emociones primarias (racionales) y las emociones secundarias (irracionales) fueron encontradas mezcladas y la gente no tuvo el coraje o la comprensión como para separarlas. Esta confusión fue responsable de gran parte de la tragedia del animal humano. Con la finalidad de disponer de un entendimiento biológico acabado de esta tragedia, tendremos que aprender mucho más acerca de la función y expresión de la vida en su estado natural.

Las emociones son funciones específicas del protoplasma vivo. La naturaleza viva, en contraste con la no viva, responde a los estímulos con “movimiento” o “moción” = “emoción”. Se sigue necesariamente, a partir de la identidad funcional de emoción y movimiento protoplasmático, que incluso las

---

<sup>1</sup> Capítulo III de *Ether, God, and Devil* (1949) de Wilhelm Reich (New York: Farrar, Straus and Giroux). Traducción por Ps. André Sassenfeld J.

partículas más primitivas de protoplasma tienen sensaciones. Las sensaciones pueden entenderse de manera directa a partir de las respuestas respecto de los estímulos. Estas respuestas de las partículas plasmáticas no difieren de ningún modo de aquellas de los organismos altamente desarrollados. No pueden trazarse límites en este contexto.

Si nuestras “impresiones” de los movimientos de la vida reflejan correctamente su “expresión”; si las funciones básicas de la vida son idénticas en toda la materia viva; si las sensaciones surgen a partir de las emociones; y si las emociones provienen de movimientos plasmáticos reales, entonces nuestras impresiones deben de ser objetivamente correctas, dado por supuesto que nuestro aparato sensorial no está ni fragmentado ni acorazada no de alguna otra forma perturbado.

La materia no viva no siente porque carece de movimiento pulsatorio. Sea una roca o un cadáver, transmite la impresión inmediata de *inmovilidad* y, con ella, de una falta de sensación. Esta ausencia de respuesta frente a los estímulos está en perfecta concordancia con nuestras impresiones de la materia inanimada. *La materia no viva carece de emociones*, es decir, de movimientos espontáneos. Más adelante tendremos que ahondar en la cuestión de por qué tantos organismos humanos “animan” lo inanimado, atribuyéndole con ello sensaciones. Me anticipo a la conclusión principal:

*Así como todas las emociones y reacciones en la vida provienen de y corresponden a sensaciones orgánicas y movimientos expresivos; así como el organismo vivo se forma ideas acerca del mundo circundante a partir de impresiones que deriva de las expresiones del mundo que lo rodea; de la misma manera, todas las emociones, reacciones e ideas del organismo acorazado están condicionadas por su propio estado de motilidad y expresión.*

El punto de vista “objetivo-crítico” –que afirma que todas las percepciones del mundo circundante son “subjetivas”, tanto en el organismo no acorazado como en el organismo acorazado, y por ende “no objetivas”– puede ser refutado por la imagen de un objeto en dos espejos diferentes. Un espejo es claro, el otro tiene la superficie dañada. El primer espejo refleja los objetos de manera distinta al segundo. En ambos casos, el reflejo, esto es, la “sensación”, es “subjetiva” o “arbitraria”. Las imágenes de los objetos en ambos espejos son irreales. Sin embargo, nadie puede dudar de que el espejo intacto reflejará los objetos tal como son, mientras que el espejo dañado los distorsionará.

He escogido este ejemplo para mostrar que mis oponentes –tanto los exponentes de la ciencia “objetiva absoluta” como los subjetivistas “críticos”– aciertan por completo cuando aseveran que tenemos meramente sensaciones y percepciones de la realidad que nos rodea; que la sensación es el único acceso a través del cual el organismo vivo está conectado con el mundo que lo rodea; que no percibimos el objeto mismo, sino sólo su imagen. Todo esto está muy bien, pero se convierte en rumiación obsesiva a no ser que pensemos un poco más allá. Desde el punto de vista de la biofísica orgónica, incluso damos la bienvenida al hecho de que nuestros “objetivistas” y “subjetivistas” enfatizan que toda actividad

emocional es dependiente de la estructura del aparato vital. Se mostrará que nuestros objetivistas, los “científicos naturales objetivos”, son subjetivistas y que los subjetivistas son observadores objetivos, sin siquiera saberlo o intuirlo. Ambos insisten en que experimentan meras sensaciones cuando describen el mundo. Pero ninguno de los dos se cuestiona la naturaleza de las sensaciones o, más bien, la estructura del aparato vital perceptor. La biofísica orgónica a proporcionado una respuesta clara respecto de esto:

*El ser no acorazado percibe el self y el mundo circundante de manera esencialmente diferente que el organismo acorazado.* Dado que la auto-consciencia efectivamente colorea todas las demás sensaciones y dado que la sensación es el filtro a través del cual el mundo se nos manifiesta, el tipo de sensaciones determina el tipo de percepción y juicios. Esta conclusión es indispensable e irrefutable. Se aplica tanto al ser no acorazado como al ser acorazado –tanto a mí como a mis oponentes, el objetivista y e subjetivista. Se aplica rigurosamente y estoy dispuesto a acatar estos términos del debate porque el punto de vista de mis oponentes, si se elabora del todo, conduce a la protección del funcionalismo, y no del mecanicismo o del misticismo. Mi postura siempre ha sido que todos tiene razón de alguna manera, sin saber de qué forma tiene la razón.

Por lo tanto, para reflexiones futuras, afirmamos lo siguiente:

*El organismo vivo percibe su entorno y se percibe a sí mismo por medio de sus sensaciones.* Del tipo de sensaciones depende el tipo de juicios que se desarrollan, las reacciones basadas en tales juicios y la imagen general habitualmente conocida como “imagen del mundo”. No he pretendido y no pretendo fabricar imágenes de mundo. Pero mi trabajo y yo a menudo hemos estado tan amenazados por ellas, que un estudio más detallado de sus funciones y fundamentos es necesario.

El educador que piensa en términos funcionales contempla al niño como organismo vivo y da forma al entorno del niño de acuerdo a las necesidades vitales de este.

El educador cuyo pensamiento es mecanicista y místico contempla al niño como máquina mecanicista-química, como sujeto del estado o como adherente a esta o aquella religión. Presiona al niño hacia un mundo ajeno y llama a esto “adaptación” si es liberal, o “disciplina” si es autoritario.

Lo que está vivo en el niño obedece a leyes cósmicas y, en consecuencia, no ha cambiado en miles de años. Desarrolla nuevos significados y contenidos de la vida a partir de sus propios recursos. Pero la adaptación a las cambiantes formas de vida de la civilización mecanicista-religiosa crea el caos de contradicciones en las cuales el animal humano se encuentra atrapado.

Si Colón hubiese sido un carácter mecanicista compulsivo, hubiese preparado su navegación global mediante el conteo de todos los clavos de su barco y su registro en columnas ordenadas. Si, a pesar de esto, de algún modo hubiese llegado a América, hubiese iniciado la colonización mediante la medición de la costa en la cual arribó, contando y midiendo todos los árboles, ramas y hojas, clasificando todos los arroyos y ríos y colinas. Perdido en detalles menores,

hubiese fallecido mucho antes de poder retornar a Europa para revelar su descubrimiento de un nuevo continente.

Nuestra civilización mecanicista-mística está condenada porque ha filmado y clasificado millones de datos estadísticos minúsculos acerca de los movimientos de un infante recién nacido, pero sigue sin hacer caso a la biosexualidad del organismo vivo que llamamos niño, ni al odio amargado que los educadores sienten respecto de este hecho general, que aparece amenazante por sobre todos los demás. Por ende, la cuestión educacional está enredada en detalles, sin perspectiva, enmarañada sin esperanza. El reconocimiento del niño como ser vivo, en vez de como futuro ciudadano, resolvería todas las complicaciones de una sola vez ya que las instituciones estarían preocupadas de las necesidades vitales del niño.

Por lo tanto, la única manera de salir de este caos es darle forma a las formas de vida de acuerdo a las leyes del organismo vivo. Esta tarea requiere una clarificación respecto de dos actitudes básicamente diferentes hacia la vida –la del organismo no acorazado y la del organismo acorazado. A partir de ahora, operaremos con estas dos formas esencialmente distintas de vida. *Una es el organismo vivo que opera, sin ser perturbado, sobre la base de procesos naturales. La otra es el organismo vivo cuyas funciones plasmáticas son impedidas por el acorazamiento crónico y autónomo.* Esperamos, por buenas razones, que las percepciones de las dos formas son diferenciables con claridad.

El organismo no acorazado tiene percepciones sensoriales básicamente distintas de las del organismo acorazado. Puesto que el plasma corporal es el receptor y transmisor de todas las impresiones, un sistema plasmático que fluye con libertad debe recibir impresiones que difieren del poco libre o acorazado. Estas no son especulaciones filosóficas acerca de “sensación y cosmos”, sino hechos duros, recogidos con gran esfuerzo durante muchas horas de trabajo diario con el organismo humano; recogidos, organizados, re-examinados y finalmente juzgados en el transcurso de más de un cuarto de siglo. Los hechos provienen de observaciones concretas del comportamiento humano.

El organismo acorazado no siente ninguna corriente plasmática, en agudo contraste con el organismo no acorazado. En la misma medida en la que el acorazamiento se suelta, aparecen sensaciones de corriente, que el organismo acorazado primero experimenta como ansiedad. Una vez que el acorazamiento es disuelto por completo, las corrientes orgonóticas se experimentan como placer. Con ello, todas las reacciones se ven tan básicamente cambiadas, que podemos hablar de dos condiciones biológicas completamente diferentes y esencialmente dispares. Por supuesto, este cambio no ocurre en todos los casos, pero allí donde se produce forma un paralelo con cambios fundamentales de las sensaciones orgánicas; y con las sensaciones orgánicas, la entera visión de la vida cambia de manera rápida y radical.

El terapeuta orgónico no está preocupado con reflexiones filosóficas sobre el mundo y la vida. Ni el médico ni el profesor, ni el paciente ni el alumno rumian

acerca de la “actitud del individuo hacia la sociedad y el cosmos”. Enfatizo deliberadamente el carácter clínico de estas experiencias. Porque existen estructuras de carácter que asesinarán cualquier cosa con frases como: “Bueno, estas son meramente cuestiones filosóficas. Una afirmación puede ser tan correcta o incorrecta como otra. Existen varias verdades sobre uno y el mismo hecho.”

Esta posición es insostenible. *Puede haber sólo UNA explicación de uno y el mismo hecho que sea objetivamente correcta; no pueden existir diez diferentes explicaciones correctas.* La interrogante por la fuente de energía de las biopatías admite sólo una respuesta y no diez: *la energía de las reacciones biopáticas proviene de la energía sexual biológica estancada.* Pueden existir varios estratos o fases en el desarrollo de una biopatía, diferentes funciones y aspectos. Pueden existir varias formas que conducen a esta *única* respuesta. Sin embargo, también existe una característica común: la función básica del estasis energético. Los detalles pueden variar dependiendo de situaciones sociales especiales o experiencias infantiles. Pero aquello que consolida todos estos detalles, sin importar cuánto pueden diferir, y que se expresa básicamente como la desviación biopática de la función vital, son de manera invariable el estasis de la energía biológica (biosexual) y el acorazamiento. A la larga, ninguna ciencia médica, a pesar de todos los esfuerzos, será capaz de evadir esta ineludible conclusión.

En mi libro *Análisis del carácter*, he diferenciado entre dos tipos básicos, el carácter “genital” y el carácter “neurótico”, respecto de la “salud” biofísica. La diferencia fundamental entre ellos es la ausencia o presencia de un estasis sexual crónico y de un acorazamiento autónomo. La importancia de esta distinción clínica trasciende lejos al individuo. Influencia de modo profundo todas las formas de las actitudes hacia la vida y las “imágenes del mundo”.

Sin duda, el lector se habrá percatado de que lo que está vivo en el carácter genital funciona de acuerdo a sus propias leyes naturales, mientras que en el carácter neurótico funciona de acuerdo a leyes que corresponden al proceso acorazado y no al proceso vivo. Una serpiente sana se mueve y actúa de acuerdo a las leyes de la energía orgónica cósmica. Una serpiente cuyo cuerpo está amarrado actúa, percibe y responde sobre la base de movimientos entorpecidos por la cuerda. Este ejemplo puede generalizarse:

El organismo vivo no acorazado percibe y entiende las expresiones móviles de otros organismos no acorazados clara y plenamente por medio de sus propios movimientos espontáneos y sensaciones orgánicas. El organismo vivo acorazado, sin embargo, es incapaz de sentir alguna sensación orgánica o las percibe sólo de forma distorsionada y, por lo tanto, pierde contacto con el proceso vivo y la comprensión de sus funciones.

Por ejemplo, una persona acorazada puede percibir su pecho rígido y sobresaliente como expresión de “rudeza”. En el contexto de sus propias experiencias vitales, esta percepción es correcta. La manifestación “militar” de su pecho sirve para mantener su equilibrio, proporcionándole fuerza en la lucha diaria de la existencia. No obstante, no tiene idea acerca de cómo sus fuerzas

vitales naturales son debilitadas por el acorazamiento del pecho. Más allá, no comprende que uno puede reaccionar con libertad y fuerza con una caja torácica flexible. Considera que la caja torácica flexible es signo de afeminamiento y debilidad. Teme no poder existir a no ser que “se sostenga a sí mismo” en vez de “ceder”. No es consciente de la fuerza natural que fluye de la motilidad libre del organismo vivo. En cambio, el organismo vivo que no está acorazado es incapaz de entender cómo algo de fuerza puede derivar de una caja torácica rígida. Si durante un tiempo intenta imitar la “fuerza controlada de carácter” mediante la detención de la respiración y el empujar la caja torácica hacia afuera, sólo siente un gigantesco esfuerzo que no es capaz de sostener por mucho tiempo. El organismo no acorazado es incapaz de comprender cómo el esfuerzo del acorazamiento puede ser tolerado durante años.

Lo que está vivo en el terapeuta orgónico sano comprende o experimenta la expresión del paciente acorazado como un efecto de contraste, por así decirlo, algo extraño y perturbador. Percibe la caja torácica tiesa o la sonrisa rígida, similar a una máscara, como algo vergonzoso y perturbador. La persona acorazada es diferente. Para ella, la caja torácica rígida y la sonrisa congelada se han convertido en una segunda naturaleza. No las percibe ni como perturbación ni como la tensión que en realidad son. Ni siquiera sabe que se encuentra constantemente “alerta” con su caja torácica y que su sonrisa crónica reprime lágrimas o rabia. Por su parte, el organismo no acorazado percibe la sonrisa amable fija como lo que es, a saber, un embarazoso peso a ser desechado lo más pronto posible.

En consecuencia, el organismo no acorazado experimenta el acorazamiento de otro organismo como algo perturbador. De la misma manera, el organismo acorazado siente la motilidad libre de otro ser como algo extraño y perturbador. En muchos casos, causa ansiedad consciente y en todos los casos de acorazamiento nos encontramos con un temor profundo a la motilidad libre. Una vez que se suelta lo suficiente, cada caso de biopatía muestra un temor espantoso al organismo que se mueve con libertad. Cualquiera que aplique la técnica pura de la terapia orgónica, es decir, con la teoría del orgasmo en su núcleo, puede convencerse de que esta afirmación es correcta.

Nuestra suposición de que la actitud hacia la vida, la “imagen del mundo”, depende del funcionamiento del plasma corporal es inequívocamente probada una vez que hemos capacitado a un gran número de organismos acorazados para que experimente el flujo de su corriente orgonótica. Hoy, estamos en la posición afortunada de dar cuenta de esta herramienta de la investigación natural.

Básicamente, la naturaleza dentro y fuera de nosotros le es accesible a nuestro intelecto sólo por medio de nuestras impresiones sensoriales. Las impresiones sensoriales son, en esencia, sensaciones orgánicas o, dicho de otro modo, *buscamos el mundo que nos rodea mediante movimientos orgánicos (=movimientos plasmáticos)*. Nuestras emociones son la respuesta a la impresión del mundo que nos rodea. Tanto en la consciencia como en la auto-consciencia, la impresión sensorial y la emoción se funden para formar una unidad funcional.

*Por lo tanto, la sensación orgánica es la herramienta más importante de la investigación científica natural.*

Esta suposición específica es afirmada, más allá, por las investigaciones de la filosofía natural clásica. Asevera, con particular claridad en la *Crítica de la razón pura* de Kant, que la verdadera naturaleza de las cosas no nos es accesible. Las observaciones y los juicios dependen de nuestra organización física. Y, hasta hace poco tiempo, esta organización era la área menos accesible de la naturaleza. En consecuencia, la incapacidad para reconocer "*das Ding an sich*" se basa, en principio, en la incapacidad para reconocer la naturaleza del aparato sensorial. Para la biofísica orgánica, se sigue una conclusión extremadamente importante de este correcto supuesto de la crítica de la razón pura:

*Si logramos comprender la función de la percepción y de la sensación per se en términos energéticos (orgonóticamente), es decir, mediante el estudio de su verdadera naturaleza, crearíamos un acceso a "das Ding an sich".* En las investigaciones de Freud, el "inconsciente" fue lo que jugó el papel de "*das Ding an sich*" en la organización psíquica y, por ende, se convirtió en la herramienta de la investigación natural. El descubrimiento de la energía orgónica se llevó a cabo a través del estudio riguroso y consistente de las funciones energéticas, primero en el ámbito de la psique y después en el ámbito del funcionamiento biológico. El material de estas investigaciones era la sensación orgánica. Forma una parte integral de nuestra percepción egoica, como también de la naturaleza que funciona de manera objetiva. En el funcionamiento orgonótico, nos percibimos a nosotros mismos. La auto-percepción es objetiva y experimentalmente controlable: si el sujeto del experimento tiene sensaciones orgánicas agudas, a través de su intensidad puede describir lo que ocurre en la sala de al lado en términos de las fluctuaciones cuantitativas potenciales del oscilógrafo. Del mismo modo, el observador en el oscilógrafo puede afirmar, por medio de la cantidad de las variaciones energéticas, cuán intensamente el sujeto del experimento percibe sus sensaciones orgánicas<sup>2</sup>. Este removió la barrera que durante miles de años había dificultado la investigación de las sensaciones orgánicas. La fotografía con rayos X que muestra el campo de energía de las manos fue el resultado de la unificación conceptual de percepción sensorial y excitación objetiva<sup>3</sup>. El campo de energía no muestra sombras cuando la sensación de atracción está ausente.

Mediante el estudio detenido de las sensaciones orgánicas, nos familiarizamos con la herramienta que empleamos en cualquier tipo de investigación natural, consciente o inconscientemente, correcta o ineficientemente. De esta manera, la organización y el funcionamiento del organismo vivo se convierten en las pre-condiciones más importantes e indispensables del conocimiento científico en general. Esto armoniza con la crítica de la razón pura de Kant, que coloca la organización biológica en la raíz de todo conocimiento.

---

<sup>2</sup> Reich, *Experimentelle Ergebnisse über die elektrische Funktion von Sexualität und Angst*, Oslo, 1937.

<sup>3</sup> *Orgone Energy Bulletin*, Vol. I, No. 2, 1949.

Lange sacó la conclusión correcta tempranamente. “Quizás,” escribió en su *History of Materialism*, “la base del concepto de la causalidad algún día se encontrará en el mecanismo del movimiento reflejo y en la excitación simpática. Entonces, habremos traducido la razón pura de Kant a la fisiología y, así, la habremos hecho más gráfica” (Lange, *Materialism*, Vol. II, p. 44, 1901).

La grandiosa predicción de Lange ahora ha sido cumplida. *La biofísica orgónica opera con las sensaciones orgánicas en cuanto primera sensación de naturaleza estrictamente fisiológica.*

Con la finalidad de investigar la naturaleza, literalmente tenemos que *amar* el objeto de nuestra investigación. En el lenguaje de la biofísica orgónica, necesitamos tener un *contacto orgonótico* directo y libre de perturbaciones con el objeto de nuestra investigación. La dinámica de las funciones corporales orgonóticas se revela en la terapia orgónica.

De esta manera, aprendemos acerca de los mecanismos que yacen en la raíz de las diversas actitudes hacia la vida (“Weltanschauungen”). Podría escribir un tomo pesado sobre los numerosos mecanismos de acorazamiento para explicar al místico, al político, al criminal, al estratega, etc. Ese no es el objetivo de este libro. Tenemos que limitarnos a los mecanismos básicos que diferencian al organismo verdaderamente vivo de su forma distorsionada de expresión en la biopatía. Más allá, tenemos que enfrentar estos dos mundos separados y penetrar en las tragedias sociales que han afligido al animal humano durante miles de años, siempre desde que su organismo se acorazó. En su propio ámbito, el organismo no acorazado desarrolla una infinita variedad de formas de vida. Lo mismo es cierto para el organismo acorazado, que desarrolla una variedad igualmente infinita de reacciones biopáticas. Estamos interesados en el tipo en su totalidad, en las contradictorias sensaciones vitales a partir de las cuales todas las demás contradicciones se desprenden.

*El organismo acorazado es esencialmente diferente del organismo no acorazado en cuanto se erige una pared rígida entre su núcleo biológico, del cual proviene todos los impulsos naturales, y el mundo en el cual vive y trabaja. Como resultado, cada impulso natural, en particular la función y capacidad natural del amor, se ve impedida. El núcleo vivo del organismo acorazado ha conservado sus impulsos, pero estos ya no pueden encontrar una expresión libre. En el desesperado intento de “expresarse”, cada impulso natural se ve obligado a penetrar o atravesar el muro del acorazamiento. El impulso tiene que recurrir a la fuerza para alcanzar la superficie y la meta. Mientras el impulso está tratando de superar el acorazamiento a la fuerza, es transformado en una rabia destructiva, con independencia de su naturaleza original. No importa lo que ocurra con esta reacción secundaria de rabia con posterioridad, después de pasar por la coraza; sea que se agote o que sea inhibido, sea que se transforme en una auto-compasión mórbida o que alcance su meta como sadismo sin disfraz: el núcleo del proceso es la transformación de todos los impulsos de amor en destructividad mientras pasan por la coraza. Por repetirlo: el esfuerzo de expresarse de forma natural y por alcanzar su meta es lo que convierte cada impulso biológico básico en*



destruictividad. En el proceso, el ser completo de la persona acorazada adopta una característica que sólo puede ser descrita como dureza o falta de armonía.

La existencia de la coraza no impide al organismo afligido amar o estar asustado. Sus expresiones vitales provienen de todos los estratos profundos del organismo. Se comunica con el mundo como si lo hiciera a través de huecos u hoyos en la coraza. Pero dado que no puede entregarse por completo, su amor es pequeño, calculado cuidadosamente y asignado; su preocupación por el niño es "controlado", "toma todas las circunstancias en consideración"; sus logros son "medurados" y "razonados", apuntando hacia trabajo significativo y "lleno de propósito"; su odio está "orientado a metas" y es "circunscrito". En breve, nunca pierde la cabeza, siempre es "razonable" y "compuesto", tal como un "político realista" debiera de ser. Un organismo como este odia la libertad ordenada pero infinitamente variable de los procesos naturales o los teme.

Su odio destructivo se dirige principalmente –no exageraríamos si dijéramos exclusivamente– contra todas las actitudes genuinas y no restringidas del organismo no acorazado, contra todas las cosas espontáneas, placenteras, entusiastas, vibrantes, salvajes y ridículas de la vida. Sobre todo, se opone a lo que es involuntario y libre en el cuerpo. En su actitud destructiva hacia el organismo vivo o no acorazado, el organismo acorazado no conoce misericordia. Aquí, pierde las cualidades que por otro lado ha elevado al nivel de comportamiento humano ideal. Bajo el disfraz de actitudes idealistas o higiénicas, el organismo acorazado sabe cómo matar cada impulso espontáneo en sí mismo y en otros organismos. [...]

Esta persona recomienda precisamente lo que nuestro paciente acorazado intenta hacer de manera biopática cuando le pedimos que no retenga su respiración<sup>4</sup>. "Hace", "ejercita", "demuestra", "actúa" y "lleva a cabo la respiración". Pero no respira de acuerdo a la inervación natural. Podemos aplicar con seguridad este ejemplo a todas las expresiones vitales del organismo acorazado. Su naturaleza invariablemente consiste en evadir e impedir la expresión espontánea y directa. En todas las demás situaciones vitales, la persona acorazada puede ser tolerante, incluso encantadora, amigable y servicial. Sólo se torna obstinadamente enojado cuando ve al organismo vivo funcionando sin coraza.

La destructividad de la vida acorazada contra la vida no acorazada puede observarse en las relaciones de la gran mayoría de los educadores con los niños recién nacidos. El infante recién nacido llega al mundo sin coraza. La vida funciona en él sin consideración de las "exigencias de la cultura". Su primera expresión activa su boca altamente cargada en términos orgonóticos. En nuestros altamente respetables hospitales obstétricos, durante sus primeras veinticuatro a cuarenta y ocho horas, los infantes no son amamantados por sus madres de acuerdo a una ley de hierro. Se requiere una amenaza para que una enfermera o un médico

---

<sup>4</sup> Por no ser de mayor relevancia, se ha omitido una descripción de ciertos ejercicios respiratorios publicada en un diario de la época, que Reich transcribe.

quebrante esta regla. Los infantes sufren y gimotea. La “cultura” no tiene oídos para eso. Uno podría cuestionarse las razones para este procedimiento. No existe una respuesta razonable o, en el mejor de los casos, una de esas respuestas estereotipadas que puede venir de una boca enmascarada. Los infantes recién nacidos sienten el contacto físico de sus madres por sólo unos pocos minutos durante el día. Piense en esto: ¡qué ofensa a las reglas de “higiene”! El infante, apenas separado del contacto orgonótico con el cálido útero, que duró nueve meses ininterrumpidos; este infante, repentinamente transferido de un entorno de 37° C a un entorno de 18 o 20° C, puede no sentir el cuerpo de la madre. Esto violenta las reglas de la administración hospitalaria, la cultura y la moralidad; provoca el complejo de Edipo, ofende las costumbres y los usos, se opone al estilo de vida de las más elevadas de las ramas de la medicina, representadas por las academias de ciencia, los doctores honorarios y los presidentes honorarios de todas las universidades de este universo, en el cual electrones y protones, junto a neutrones y positrones, danzan el baile de San Vito de la explosión atómica. Es aquí, precisamente aquí y no en las conferencias diplomáticas o en alguna otra parte, que los infantes adquieren su futura disposición a hacer la guerra. El niño recién nacido reacciona al frío primero con ansiedad, después con gritos y finalmente con una contracción de su sistema autónomo, la primera contracción de su vida, a no ser que un útero carente de vida haya dañado su sistema con anterioridad.

Esta masacre del recién nacido, plenamente audible en los gritos ensordecedores y desoladores que se producen en todas las salas de infantes de todas las clínicas obstétricas a lo largo de todo el mundo –esta masacre, como dije, no tiene nada que ver con consideraciones higiénicas. Constituye la primera medida inconsciente pero drástica de los organismos acorazados, bajo el disfraz de médicos, administradores y padres, contra el organismo vivo que los confronta, aún no dañado y distorsionado. Permitámonos reflexionar acerca de este hecho: miles de médicos y enfermeras escuchan a los infantes que gritan y no comprenden nada. Permanecen sordos y mudos. Agréguese a esto el ritual de las bocas cubiertas y las manos cubiertas de goma para entender el cambio de todo énfasis, la evasión de lo esencial y el acento sobre lo no esencial, que se utilizan en esta lucha contra el niño recién nacido.

Insisto en que la medicina y pedagogía dominantes, tal como son oficialmente enseñadas y practicadas, no comprenden el organismo vivo y no tienen la más vaga idea sobre los procesos vitales más primitivos. Hablo de procesos vitales y no de un número de corpúsculos sanguíneos rojos. Esto confirma mi riguroso dictamen de que *el organismo puede percibir sólo lo que él mismo expresa*. El médico acorazado no puede escuchar los gritos de los infantes o los da por supuestos porque ha sofocado los gritos dentro de sí mismo; y porque su propio organismo ha dejado de poder percibir lo que otro organismo le revela. Existen sólo algunas pocas valientes islas de comprensión incipiente.

No pretendo escribir un compendio de la masacre cometida en la crianza del niño. Esto debe dejarse a otros más competentes que yo. Primero que nada, el común denominador de sus muchas variaciones debe ser traído a la luz. No pongo en duda las buenas intenciones de médicos, enfermeras, educadores y padres. Afirmo, sin embargo, que su profundo amor del recién nacido no puede traducirse a acciones prácticas. No comprenden la función viva en el recién nacido; más que eso, la temen como algo peligroso y ajeno. La pedagogía psicoanalítica ha proclamado abiertamente la "matanza del animal" en el niño. Esta actitud merece la condena más aguda y la revelación de las motivaciones que yacen detrás de ella.

La pérdida de contacto con el organismo materno es el primer paso en la siguiente secuencia: impedir cualquier tipo de actividad motriz (hace sólo pocos años, bajo la forma de efectivamente amarrar los miembros y el torso mediante el "envolver"); obligar al infante a respirar por la nariz en vez de que respire de modo natural a través de la boca ligeramente abierta; crianza rígida para suprimir el llanto y los gritos; regulación de los movimientos intestinales y entrenamiento forzado de baño con supositorios y enemas por parte de madres compulsivas; prevención de todas las expresiones sexuales espontáneas, en especial la masturbación.

*La vida acorazada se encuentra con la vida no acorazada con ansiedad y odio.* En muchos casos, la ansiedad se convierte en shock y el odio en terror sediento de sangre, asesino y ciego. El organismo acorazado no puede tolerar los suaves movimientos dóciles de un niño recién nacido. Cualquiera que alguna vez haya sostenido un pájaro en su mano conoce el sentimiento del que hablo. No es fácil entender por qué el lenguaje de nuestros educadores es tan afilado, sus exigencias tan severas, sus castigos tan calculados para humillar. En el ámbito conceptual de la cultura actual, no encontramos ninguna explicación satisfactoria que arroje alguna luz sobre este tratamiento brusco de los niños. No existen razones plausibles que expliquen por qué el profesor ideal sigue siendo la solterona vieja, enjuta, fea y virginal. Para los profesores, el celibato sigue practicándose en muchos países y allí donde no es obligatorio, se espera de modo tácito.

Se sabe desde hace mucho tiempo que el organismo sexualmente insatisfecho experimenta las expresiones vitales naturales como provocaciones. Se sabe que a tal persona no le gusta que se le recuerde su infelicidad, su frustración. Pero no es tan simple. El organismo acorazado inicialmente no odia al organismo genuinamente vivo, no acorazado. Por el contrario, intenta establecer contacto y reacciona en primera instancia de forma racional y amorosa. Pero el curso de la relación de amor de manera invariable e inevitable se convierte en furioso odio. Un examen detenido del proceso muestra que el organismo acorazado no puede establecer un contacto pleno o no es capaz de mantenerlo. Tarde o temprano, el cálido impulso amoroso es bloqueado por la coraza. A esto le sigue el atormentador sentimiento de frustración. *El organismo acorazado no sabe que sus impulsos de amor han sido bloqueados y se comporta como si el organismo no acorazado le hubiese negado el amor.* En su intento desesperado por atravesar y expresar su amor,

el impulso de amor se convierte en odio y destructividad. Este odio no es intencionado, no es razonado de modo consciente. La razón de este odio siempre se entromete como producto secundario, transformándose con ello en una racionalización.

El mecanismo recién descrito es de importancia general. Sin reconocerlo, una gran parte de la interacción humana que de otro modo sería incomprensible puede entenderse. En otro contexto, discutiré la regularidad de este repentino vuelco desde el rapto y el amor hacia el odio amargo. Siempre es la incapacidad del organismo acorazado para desarrollar sus impulsos amorosos, para generar entusiasmo, para comprometerse sin reserva con una causa lo que lo vuelve destructivo.

Además, existe la actitud del niño no acorazado hacia el educador acorazado. Los niños sanos son extremadamente sensibles a las formas simuladas de comportamiento. Se alejan de las personas acorazadas y se acercan a aquellos que no están acorazados. En la presencia de un organismo acorazado, la persona no acorazada muy pronto se siente "acorralada", "sin contacto", "rechazada".

Aún no somos capaces de leer correctamente las reacciones con el uso de instrumentos, pero no cabe duda acerca de la naturaleza biofísica de estas reacciones. Estamos tratando con fenómenos de contacto, con excitaciones del campo orgónico.

El contacto entre dos organismos no acorazados –por ejemplo, entre una madre sana y un niño sano– es completamente distinto. Sus expresiones corporales no tienen nada de forzado. Las actitudes amorosas son tan racionales en su fundamento y expresión como lo son los mecanismos defensivos o el odio. Contrario a los conflictos complicados y enredados en la relación entre dos organismos acorazados, los intercambios humanos sanos son simples. No carecen de roces, pero no existen reacciones biopáticas de pegajosidad neurótica, vengatividad mezquina o complejidades irresolubles.

Es precisamente esta "simplicidad" en los intercambios humanos que le es tan incomprensible al organismo acorazado. *Todo lo natural y profundo es simple*. Se sabe que las líneas simples y amplias de la expresión emocional caracterizan a los grandes pintores, músicos, poetas, novelistas y científicos. Pero lo simple le es ajeno al organismo acorazado. Sus impulsos son tan complicados en su forma de expresión, el modo de su expresión es tan enredado y contradictorio, que carece de un órgano para la simple e inequívoca expresión emocional. Incluso carece de un sentido de simplicidad. Su amor está mezclado con odio y ansiedad. El organismo no acorazado ama inequívocamente en situaciones de amor, odia inequívocamente donde el odio es legítimo, y teme inequívocamente donde el miedo es racional. El organismo acorazado odia donde debiera amar, ama donde debiera odiar, y está asustado donde debiera amar u odiar. *La complejidad es la expresión vital específica de la persona acorazada*. Está atrapada, por así decirlo, en las múltiples contradicciones de su existencia. Puesto que se acerca a todas las experiencias con su compleja estructura de carácter, sus experiencias se vuelven igualmente complicadas. Está

asombrado por los logros del organismo sano o coloca estos logros en el ámbito del talento especial prohibido para él. El "genio" se convierte en una especie de monstruo anormal porque no puede comprender la gran simplicidad en la expresión vital del "genio". En la consistente remoción de las capas del carácter, uno descubre que la complejidad representa el paradigma del mecanismo defensivo en su forma más pura. La persona acorazada es complicada porque tiene un terror espantoso de todo lo simple y directo. Digo: *terror espantoso*. Esta no es una exageración literaria. La palabra describe con exactitud el proceso: *la expresión simple y directa inevitablemente conduce de manera periódica a convulsiones orgásticas del plasma*.

La persona acorazada no puede expresarse con inmediatez porque sus impulsos naturales están distorsionados, fragmentados, inhibidos y transformados en la enmarañada red de su estructura de carácter. La persona acorazada se percibe a sí misma y percibe al mundo como algo complicado debido a que carece de un contacto inmediato, de una relación directa con el mundo que lo rodea. El resultado secundario es que, con los años, este mundo se vuelve efectivamente complicado. Dado que estas complicaciones imposibilitan una existencia ordenada, emergen las reglas artificiales en los "intercambios humanos": usos, costumbres, reglas de etiqueta, maniobras diplomáticas rígidas.

Ninguna persona no acorazada tendría el impulso de vomitar o de ventosear en la presencia de otros. Por lo tanto, nunca se le ocurriría aconsejar o exigir obediencia respecto de las reglas de la sociedad de que uno no debe vomitar en la presencia de otros o ceder a las flatulencias. No obstante, la persona acorazada está repleta de tales impulsos. Deriva las reglas y costumbres éticas en contra de ellos a partir de su propia fuente de pulsiones secundarias. La naturaleza e intensidad de los impulsos secundarios asociales en el ser humano pueden establecerse de modo directo por el número y la fuerza de los usos sociales y reglas de conducta.

El organismo no acorazado no conoce el impulso de violar o asesinar niñas jóvenes, de experimentar placer por medio de la violencia, etc. En consecuencia, es indiferente respecto de las reglas morales diseñadas para contener estos impulsos. Le parece inconcebible mantener relaciones sexuales meramente porque existe una oportunidad para hacerlo, tal como estar a solas en una sala con una persona del sexo opuesto. La persona acorazada, por otro lado, no se puede imaginar una vida ordenada sin leyes obligatorias rígidas contra la violación y el asesinato sexual. Es incapaz de comprender que un hombre y una mujer pueden estar a solas sin intimidad sexual. En breve, está lleno de perversiones y, debido a ello, el mundo le parece una vasta tentación perversa. Durante un largo tiempo, el psicoanálisis tuvo que sufrir por esta perversión de lo perverso tal como reinó en contra del médico y la paciente femenina estando solos en una sala. Incluso hoy, la economía sexual es considerada como doctrina de orgías sexuales entre las personas perversas y acorazadas. Una persona sádica fuertemente acorazada que vino a verme para que lo ayudara estaba entusiasmado con mis escritos porque yo había, según él,

“liberado por completo las cogidas indiscriminadas de todos con todos”. Después de varias semanas de duro trabajo, lo sabía mejor. No tengo ningún control sobre los perversos y sádicos que leen mis libros y que hacen pasar sus sucias fantasías por mis doctrinas. Aquel que lucha contra la plaga debe tomar en consideración la posibilidad de infectarse él mismo. La interpretación pornográfica de la economía sexual es la enfermedad infecciosa de nuestra profesión.

Con el tiempo, nos convenceremos de que esta infección pornográfica no está limitada al círculo de pornógrafos y perversos. Los grupos extremadamente “honorables” contienen portadores igualmente peligrosos de la plaga emocional. Uno de los objetivos de este libro es diferenciar con claridad entre la vida sana y la vida enferma, implantar sus contradicciones en la consciencia humana y con ello proteger al médico que lucha contra la plaga emocional de tales peligrosas “contaminaciones”.

La brutalidad sádica, la lujuria pornográfica y el rechazo lleno de terror espantoso son, en consecuencia, las manifestaciones externas de los impulsos después de que han pasado por la coraza caracterológica. Puesto que la gran mayoría de los animales humanos están acorazados, no sorprende que la economía sexual y, con posterioridad, la biofísica orgónica chocaron con la barrera de la brutalidad, pornografía y terror espantoso después de haber hecho algunas revelaciones simples y directamente comprensibles en relación con el núcleo del proceso vital. Si la responsabilidad de la separación de los impulsos vitales naturales respecto de la pornografía sádica del público general no fuera tan grande, hubiese rechazado cualquier controversia con aquellos que se encuentran sobre una gigantesca colina de basura de mugre emocional. Así como es, no puede retraerme al cómodo punto de vista académico de espléndido aislamiento. Hay demasiado en juego. Y aún cuando no estoy motivado por la venganza, no me puedo negar el triunfo de haber escapado intacto y sin tacha de este infierno verdaderamente dantesco de la existencia humana, aunque gravemente marcado por dolorosos y peligrosos insultos a mi sentido de dignidad y a la consciencia de mis logros científicos por parte de la difamación escandalosa de individuos biopáticos.

A partir de ahora, trazaremos al organismo vivo no acorazado desde sus orígenes en el océano del orgón cósmico. Y seguiremos al organismo acorazado en su camino grotesco y lleno de peligros. Separaremos estas dos formas básicas de vida y las observaremos chocar sólo en localizaciones específicas. Esta separación es artificial, y como todo lo artificial es sólo una cruce sin vida de las funciones vivas. Dejaremos preguntas importantes sin contestar y muchas dudas permanecerán. Pero, al final, se revelará una ley que coloca todas las funciones orgonóticas en sus infinitas formas y variedades en una unificada y gran armonía de la naturaleza. La desviación del ser humano respecto de esta ley será descrita muy dolorosamente. Lo que aprehendido y descrito en lenguaje médico como la PLAGA EMOCIONAL DEL ANIMAL HUMANO nos impactará como algo aún más terrible. Constituye la vasta desarmonía en la naturaleza humana, ajena al

animal y a la planta, al infante humano y a los pocos seres humanos suficientemente afortunados o fuertes como para escaparse de ella.

Al describir la lucha mortal entre la vida no acorazada y la vida acorazada, sólo puedo reportar aquellos casos que he experimentado en términos personales o como médico con mis pacientes. Al hacerlo, los límites entre la biología y sociología ortodoxas tienden a difuminarse. El ser humano como ser social es sólo una variante específica de su existencia natural. A la luz del proceso armónico de la vida, los estragos de la plaga emocional en la vida social se pondrán a sí mismos deslumbrantemente al descubierto. Tendremos que trascender el ámbito de nuestro pensamiento social y contemplarlo desde el punto de vista del proceso vivo en el ser humano con la finalidad de ganar algo de distancia y perspectiva. Tendremos que evaluar la gran tragedia que le aconteció al animal humano cuando observó lo que está vivo dentro de sí mismo: su peor enemigo. Experimentaremos su odio contra lo vivo. Pero sólo si observamos el ámbito social de funcionamiento desde el punto de vista del proceso vital será posible condenar no al ser humano afligido por la plaga, sino a las circunstancias que lo degradaron hacia el más malévolo de todos los animales.

Estamos embarcándonos en un largo viaje. Aquellos que no desean acompañarnos o aquellos que esperan los tópicos usuales sobre la biología y la sociología debieran quedarse en casa. Pero aquellos que tienen el coraje de enfrentar algunas verdades duras son bienvenidos a acompañarnos.